

LOS ESPACIOS INTERIORES DE LA IGLESIA.

Antes de pasar a describir cada uno de los espacios que componen el recinto interior de la iglesia (el trastero es el único espacio no comunicado con la misma), procederemos a detallar, previamente, algunas características comunes a los alzados interiores del conjunto: nave, capillas, presbiterio y sacristía.

Aún sin salirse de las pautas de sencillez y austeridad propias de su carácter rural, en el interior de la iglesia encontramos un modesto programa decorativo que conforma un adecuado marco arquitectónico para la dotación mobiliaria y ornamental con que se dotó: principalmente, el conjunto de retablos y las pinturas murales que los complementaban.

Los elementos construidos con los materiales más modestos o menos vistosos (paramentos y armadura de madera) se ocultaron mediante enfoscados y encalados que, como ya hemos visto, eran repasados o renovados periódicamente y que contrastaban (resaltándolas) con las partes edificadas en piedra de sillería, que al interior presenta en todos los casos un cuidado despiece: arcos de las capillas y del presbiterio, nervios de las bóvedas del presbiterio y de la capilla del Rosario, pila de agua bendita, ventana del presbiterio y puertas de la sacristía y de los pies de la nave.

El aspecto que presenta el interior en la actualidad es, en buena medida, el resultado de las **obras de restauración llevadas a cabo en el año 1981**. El estado anterior a estas obras lo define muy gráficamente el párroco que las ejecutó, Suceso Laso González, en una anotación que encabeza la lista de las reparaciones efectuadas dos años más tarde: *“Siguiendo con la intención de llevar al máximo esplendor esta iglesia hermosa, pero que la sacamos de las ruinas, se hizo lo siguiente:”*.

En 1981, además de algunas reparaciones que más adelante veremos en detalle, se hicieron los siguientes trabajos: se picó y renovó la carga del 80 % de las paredes; se pintaron todas las paredes con tres manos de pintura blanca y se les añadió el zócalo de color gris; se pintaron puertas, ventanas y tribuna; se repararon los nervios de las capillas; se retiró la carga que ocultaba el recercado de piedra de la ventana original del presbiterio; y se colocó en el lugar que actualmente ocupa la pila de agua bendita, *“que estaba sobre un montón de tierra y piedras”*.

La principal modificación que originó dicha actuación fue la desaparición de las **pinturas murales que orlaban los retablos de las capillas laterales y del presbiterio**. Sabíamos de su existencia por las fotografías publicadas en 1985 en la obra

“Escultura Barroca en Asturias” de Germán Ramallo Asensio quien, amablemente, nos facilitó algunas otras fotografías de detalle y nos informó de la fecha en la que se habían tomado, 1975.

Basándonos en la citada información gráfica, describiremos las pinturas del presbiterio y de la capilla del Rosario, que son las que aparecen en las fotografías. Es de suponer que la capilla de San Antonio contaría con una decoración similar a las del Rosario.

En ambos casos las pinturas imitaban unos grandes cortinones que pendían de una guardamalleta situada por encima del ático del retablo y cuyo borde inferior estaba recorrido por un festón lambrequinado, ribeteado por un galón sogueado y decorado por borlas. Aparentaban estar prendidos en dos puntos: a la altura del ático del retablo, en un borde de los nervios de la cubierta; a la altura del entablamento, en algún tipo de enganche situado en las paredes laterales, con lo que la pintura también se extendía a las mismas, cubriendo las ménsulas sobre las que apoyan los nervios de la bóveda y la parte inferior de éstos. Los bordes de las cortinas, ribeteados por flecos, caían desde la guardamalleta hasta el primer enganche formando plegados curvos, mientras que pendían del segundo enganche originando plegados en zig-zag.

La pintura mural del retablo mayor, más desarrollada, presentaba algunas diferencias. De la parte superior de la guardamalleta (que no aparece en las fotografías), y del festón lambrequinado, colgaban unos cordones de distintos tamaños rematados por borlas; los más largos también simulaban estar prendidos en los enganches, adoptando formas combadas y formando entrelazos ornamentales. A ambos lados de la peineta del retablo, de entre los pliegues del borde de las cortinas, surgían un par de angelotes con las alas desplegadas, aparentando sujetar los cordones.

Por lo que se puede apreciar en las fotografías, la calidad de estas pinturas distaba de estar a la altura de la, muy apreciable, de los retablos que complementaban. El hecho de que no aparezca ninguna anotación sobre las mismas en los libros de fábrica podría deberse a que hayan sido realizadas entre 1813 y 1844, período del que no se conservan las correspondientes cuentas. A la espera de los datos que pueda aportar la consulta exhaustiva de los libros de las cofradías, podrían datarse provisionalmente en esas fechas, ya que su carácter popular e historicista dificulta una datación estilística (Víd. Vol. IV, págs 274 y 275).